

## Ediciones de Intervención Cultural

---

Crisis económica, transformaciones tecnológicas y relaciones laborales

Author(s): Albert Recio

Source: *Mientras Tanto*, No. 21 (diciembre 1984), pp. 51-68

Published by: Ediciones de Intervención Cultural

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/27819469>

Accessed: 14-02-2022 10:46 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Ediciones de Intervención Cultural* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*

# Crisis económica, transformaciones tecnológicas y relaciones laborales<sup>1</sup>

ALBERT RECIO

La patética lucha de los trabajadores de Altos Hornos del Mediterráneo o de la construcción naval, el crecimiento sostenido del paro, la confusión sindical puesta de manifiesto en el proceso de confección del AES, son muestras de la debilidad e inexistencia de alternativas de izquierda capaces de vertebrar las actitudes resistenciales de los trabajadores y satisfacer las demandas sociales por unas mejores condiciones de vida. Desde mi punto de vista esta debilidad no es debida tan sólo a la fuerza del contrario —léase capacidad de poder y maniobra del capital— ni a la política mixtificadora de sus valedores políticos —léase el Gobierno de Felipe González— sino también a la incapacidad de los afectados y de sus representaciones políticas<sup>2</sup> de articular algunos proyectos de actuación que sean capaces de generar cierta hegemonía política en el cuerpo social y de evitar que las actitudes resistenciales se conviertan en «líneas Maginot» donde se queman energías sin sentido. Parte de esta falta de proyectos se debe a la ausencia de un análi-

1. Este artículo ha sido redactado utilizando el material que sirvió de base para mi intervención en las *Jornadas sobre Reversión Industrial y Mercado de Trabajo* organizadas por Comisiones Obreras en Barcelona en febrero de 1984. La transcripción literal de dicha intervención se encuentra reproducida en la publicación de carácter interno, CCOO, *Reversión industrial y mercado de trabajo*, Barcelona, 1984. Los dos objetivos centrales de mi ponencia eran llamar la atención sobre ciertas transformaciones habidas en el mercado de la fuerza de trabajo y, de otra parte, ofrecer elementos de reflexión sobre la posibilidad y necesidad de un programa económico alternativo.

2. Por representaciones políticas no nos referimos exclusivamente a las organizaciones convencionales —partidos, sindicatos—, sino también al conjunto de instituciones (revistas, asociaciones, etc.) y grupos informales que coadyuvan a cohesionar a una determinada clase o grupo social.

sis de los cambios que se están produciendo, la cual se trata de paliar demasiadas veces con el recurso a fórmulas manidas e insuficientes. La situación sólo puede cambiarse con un esfuerzo sostenido, con un trabajo a largo plazo y con la superación de viejas inercias que corren el peligro de conducir a callejones sin salida. Las notas que siguen no pretenden más que incitar este debate destacando algunos aspectos simples de las relaciones existentes entre empleo, tecnología y organización del proceso de trabajo. Empezar por lo más simple puede servir para romper el laberinto analítico en el que estamos encerrados.

En la primera parte de este trabajo se examinan los elementos que determinan el volumen de empleo y se discuten algunas posibilidades de intervención al respecto; en la segunda parte se discute el impacto de las nuevas tecnologías; en la tercera, se analizan las transformaciones que ocurren en el campo de la contratación laboral.

### **Producción, tecnología, empleo**

Con bastante frecuencia en ambientes sindicales se asocia mecánicamente cambio técnico con reducción de empleo. Esto, que puede ser cierto a nivel de una empresa concreta, resulta más complejo a nivel global. Lo peor que puede ocurrir es que esta percepción se convierta en base de análisis, lo cual conduce a posturas fatalistas del tipo oposición frontal a cualquier cambio técnico o aceptación indiscriminada del mismo por incapacidad de hacerle frente. Se pierde con ello capacidad de practicar una política más general que posibilite desarrollar una política adecuada de ocupación.

Primariamente el nivel de empleo es la resultante de distintas variables: productividad del trabajo (expresado en cantidad de producto por unidad de tiempo trabajado), nivel global de producción, composición de la misma y longitud de la jornada de trabajo.<sup>3</sup>

El aumento de la productividad derivado del cambio técnico crea desempleo siempre que no se produzcan variaciones en los otros elementos. Pero en el mundo real suelen producirse cambios en el conjunto de variables, con lo que el efecto global sobre el empleo no se puede determinar a priori sin expli-

3. Un análisis detallado de las relaciones formales que existen entre estas variables es el desarrollado en P. Álvarez de Toledo, «Políticas de empleo y su aplicación en España», *Investigaciones Económicas* (marzo de 1984).

car la evolución de las mismas. Las versiones optimistas tienden a destacar que en 150-200 años de capitalismo en los que se ha experimentado un cambio técnico sostenido el volumen de la población activa ha aumentado debido a que el cambio tecnológico experimentado ha permitido aumentar la producción, diversificar el consumo con la introducción de un gran número de actividades nuevas (viajes a larga distancia, cine, radio, televisión, diversificación de la dieta alimenticia, etc.) y aun reducir sustancialmente la duración de las horas trabajadas al año. Si bien el porcentaje de población activa con respecto a la población total no parece haber variado sustancialmente en los últimos 50 años (representa en la mayor parte de países alrededor del 60 % de la población total, siendo inferior en el Estado español, donde no alcanza ni el 40 %) debido a que parte de este aumento de la productividad se ha dedicado a retrasar el momento de entrada en el mundo laboral (vía alargamiento del proceso educativo) o a crear la figura del jubilado subvencionado inexistente antes de 1920. No parece que en los países de capitalismo desarrollado las cosas hayan ido tan mal para la población. Si bien ahora la situación parece haber cambiado y el cambio técnico introducido no sirve para crear empleo, sino para reducirlo, esto se debe, según esta versión, a que estamos atravesando una fase de racionalización que puede dar paso a una nueva fase de crecimiento del empleo, basado en las posibilidades productivas de las nuevas tecnologías.

Uno puede ser escéptico con respecto a las profecías desarrolladas por los optimistas, máxime cuando éstas se desarrollan en un plano lógico-formal sin especificar qué tipo de productos nuevos se van a producir,<sup>4</sup> qué empleo se va a generar, etc.; pero dicho análisis tiene la virtud de poner al descubierto los distintos elementos que confluyen en la determinación del vo-

4. Los estudios existentes sobre el tema son pesimistas en cuanto a las posibilidades de generación de empleo en el futuro. R. Rothwell y W. Zegveld (*Technical Change and Employment*, F. Printer, 1979) destacan que estamos ante un proceso de reducción neta del empleo en el sector industrial al estilo del acaecido en la agricultura. Señalan que el sector servicios ha sido el gran creador de empleo en la última fase de expansión capitalista, pero que esta capacidad parece bloqueada en el futuro porque la microelectrónica posibilita la mecanización de gran número de actividades de servicios. El efecto neto previsible será la reducción de las necesidades de mano de obra. En la misma línea, Ch. Freeman, J. Clark y L. Soete (*Unemployment and Technical Change*, F. Printer, 1982) destacan como característica del «desarrollo» de los años 70 la combinación de suaves incrementos de la producción con la caída persistente del empleo, lo que atribuyen al predominio de innovaciones racionalizadoras. Estos autores no desarrollan previsiones de futuro. El mismo W. Leontief ha insistido en el cambio tendencial de los coeficientes de mano de obra en sentido descendente y la necesidad de desarrollar una nueva política de empleo y distribución. (W. Leontief, «Distribución de trabajo y renta», *Investigación y Ciencia*, noviembre de 1982; entrevista en *El País*, 13-X-1984).

lumen de empleo y permiten abrir el camino hacia la formulación de políticas alternativas a las del capital.

Los programas reivindicativos de la izquierda suelen pecar en general de presentarse como una serie de propuestas independientes que no están integradas en un esquema coherente. Plantear de forma aislada la reducción de la jornada de trabajo en  $x$  horas, o la no introducción de maquinaria agrícola en el campo puede significar un medio de conseguir una movilización eficaz, pero es más dudoso que tenga eficacia si lo que se quiere plantear es una política que permita enfocar adecuadamente la problemática del empleo. Una primera conclusión es que debe darse tanta importancia al análisis de los efectos directos del cambio técnico como a los elementos que contribuyen a determinar el nivel y composición de la producción. Hay que señalar, además, que el análisis no puede limitarse al tratamiento de sectores productivos específicos. En una economía caracterizada por una enorme división del trabajo y amplia interdependencia productiva, los cambios acaecidos en una actividad pueden tener efectos diferentes para la misma que para el conjunto de la economía. Así, un aumento de la productividad que destruye empleo en un sector puede tener efectos contrarios para el conjunto. Ésta es la situación que se ha producido cuando el abaratamiento introducido en un método de producción ha posibilitado la introducción del mismo en muchos sectores y ha conducido a una expansión del producto total.<sup>5</sup>

Es evidente que las variaciones en los niveles y modalidades de la producción vienen a su vez influenciados por el juego de otros elementos que deben tenerse en cuenta a la hora de formular políticas de ocupación. Ya hemos señalado que la innovación tecnológica ha propiciado la aparición de nuevos productos que han tendido a ampliar la gama de bienes que utiliza la mayoría de la población y por tanto ha suministrado un fuerte impulso al crecimiento de la producción.<sup>6</sup> Los factores que di-

5. A. Sauvy (*La economía del diablo: Paro e Inflación*. Magisterio Español, 1977; *La machine et le chômage*, Dunod, 1980) ha insistido en la insuficiencia del planteamiento que iguala cambio tecnológico con paro. Si bien su postura puede ser tachada de excesivamente optimista, en especial porque tiene poco cuidado en analizar los límites que los recursos naturales pueden plantear a la expansión de la producción, su análisis contiene aspectos sugestivos que deben ser tomados en cuenta a la hora de pensar políticas de empleo. En especial queremos enfatizar su propuesta de valorar los impactos de cambio técnico en términos de matrices de empleo, instrumento contable que permite discutir los impactos ocupacionales de los cambios en la producción y el empleo con bastante precisión.

6. No nos interesa discutir aquí la «naturalidad» o «artificialidad» de la generación de necesidades por parte del sistema económico. No parece que toda la ampliación de las posibilidades de consumo se deba a una simple «cons-

rigen principalmente la evolución de la producción tienen sin embargo sus raíces en las condiciones sociales que modulan el proceso de producción en una sociedad capitalista.

Por una parte están las decisiones de inversión, que tienen una importancia crucial a la hora de determinar la tasa de crecimiento de la producción y prefiguran el tipo de desarrollo cualitativo (ramas de producción en las que se invierte, etc.) que dominará en el futuro.<sup>7</sup> Estas decisiones de inversión, que están mayoritariamente en manos de los empresarios, dependen crucialmente de sus percepciones personales de cara al futuro. Sin cuestionar el carácter capitalista de la producción, las perspectivas de empleo quedan en buena medida en las manos de una minoría social. El peso creciente de la inversión pública que deja en manos del estado el control de parte de esta inversión permite incidir sobre esta dependencia, pero la subordinación al capital de buena parte de la acción del estado y la ausencia de una participación eficaz de la mayoría de la población en los procesos de formulación y toma de decisiones sobre este tipo de inversiones hacen que su papel corrector sea hoy por hoy secundario.<sup>8</sup>

El segundo elemento a tomar en consideración es el de la distribución del producto, primariamente entre beneficios y salarios y secundariamente entre distintos grupos capitalistas (industriales, financieros, rentistas) y distintos segmentos de la clase obrera. La distribución desigual del producto determina el poder de compra de cada grupo social y condiciona por tanto el tipo de productos que se van a demandar. Si la demanda juega un papel crucial a la hora de formular planes de producción, es obvio que la distribución afectará a la evolución de las distintas ramas productivas y consecuentemente al empleo. Ello no quiere decir que esté totalmente claro si generaría más empleo una distribución de la renta más favorable a los traba-

---

piración de las multinacionales» que nos obligan a consumir aquello que no queremos. Creemos que una política de izquierdas que no quiera caer en proyectos de austeridad por decreto debería ser capaz de ofrecer alternativas de consumo y posibilitar el conocimiento detallado, en términos de trabajo, impacto sobre el medio natural, etc., de cada una de las alternativas, para facilitar la adopción de decisiones razonadas.

7. La importancia de las decisiones de inversión sobre las condiciones de producción futuras está bien desarrollada en A. Bhaduri y J. Robinson («Accumulation and exploitation: an analysis in the tradition of Marx, Sraffa and Kalecki», *Cambridge Journal of Economics*, 1980).

8. El empleo obvio del escaso papel corrector de las inversiones estatales lo tiene el creciente peso del gasto militar sujeto a la doble incidencia de las presiones de las multinacionales del armamento y de los grupos de poder militar.

jadores, sin contar los efectos que discutiremos después; algunos autores han señalado que la distribución desigual actual genera más empleo en el sector servicios de la que tendría lugar con una distribución más igualitaria, ya que habría una demanda menor en actividades como seguridad personal, servicio doméstico (u hotelero), etc., y mayor demanda de productos de consumo. Ahora sólo queremos llamar la atención sobre el hecho de que todo impacto distributivo tiene efectos en la composición del producto.

Si la distribución de la renta es importante a la hora de prefigurar el tipo de producción que se va a demandar, resulta lógico esperar que la política salarial va a afectar al nivel y composición de la producción. La derecha y sus teóricos han machacado a lo largo de la crisis económica que las alzas salariales eran las causantes del desempleo. La versión más usual de su argumentación es la llamada teoría de la productividad marginal, que considera que salarios y beneficios representan el pago de los «servicios» de capital y trabajo. Si la presión sindical hace subir los salarios por encima de la productividad del «trabajo» los empresarios proceden a introducir nuevas técnicas productivas que reducen el empleo de trabajadores. Ésta es una explicación asocial, tecnológica y determinista de la existencia de paro y del nivel de salarios. Es evidentemente un constructo ideológico que las aportaciones teóricas de autores como J. Robinson, Sraffa, Pasinetti, Shaikh, etc., echaron por tierra hace unos 25 años, pero que sigue siendo la justificación usual que aún hoy se hace del paro y base de muchas horas de clase en las facultades de Económicas. No siempre los debates teóricos son meros constructos ajenos al mundo real. Lo curioso es que han tenido más éxito los pensadores conservadores en propagar sus posiciones que los críticos.

Si la explicación habitual no tiene fundamento, ello no quiere decir que las políticas salariales no tengan ningún impacto sobre la evolución económica. En una sociedad de clases cada grupo social tenderá a defender sus posiciones. La cuota de poder que cada grupo tiene le dota de mayor o menor capacidad de defensa de las mismas. En este sentido cualquier alza salarial importante que tienda a reducir la parte del producto que va a parar a los capitalistas generará una respuesta por parte de éstos. Ésta puede desarrollarse de dos maneras, generadoras ambas de desequilibrios: las alzas de precios que conducen a procesos inflacionarios<sup>9</sup> o la restricción de inversiones

9. Este proceso está analizado en R. E. Rowthorn («Conflict, inflation and money», *Cambridge Journal of Economics*, 1977) y en B. Brukitt y D. Bowers (*Trade Unions and the Economy*, Macmillan, 1979).

que es una fuente de paro.<sup>10</sup> Dos situaciones que tienden a producir efectos contraproducentes para los trabajadores. Frente a la inflación existen mecanismos defensivos del tipo escala móvil de salarios. Pero tales mecanismos defensivos no impiden la continuación del proceso, simplemente evitan que éste sea desfavorable para los trabajadores. Curiosamente un mecanismo defensivo ha acabado siendo utilizado por los voceros del capital como chivo expiatorio de la inflación y para acusar a los sindicatos de ser sus causantes. Los efectos antiobreros del paro son de sobra conocidos para insistir aquí. Lo que queremos resaltar es que cualquier actuación aislada de los trabajadores provoca efectos imposibles de controlar en el marco institucional capitalista. El control ejercido, no sólo sobre los medios de producción sino también sobre los medios de creación de conciencia social, permite a la clase dominante utilizar en contra de los trabajadores la mayor parte de intentos de cambio de las relaciones de distribución.<sup>11</sup>

La actual exigencia de reducción de la jornada de trabajo no está exenta del mismo tipo de problemática que acabamos de señalar para los salarios. La idea que está en la mente de la mayoría de la gente es que puesto que la nueva tecnología permite producir la misma cantidad de producto con menos mano de obra resulta lógico exigir que se posibilite al conjunto de la población el acceso a un puesto de trabajo remunerado mediante la reducción de la jornada laboral. La propuesta parecería lógica en una economía planificada siempre que se rechazara la opción de aumentar la producción, o dedicar más esfuerzos a aquellas actividades que requieren más mano de obra. En una economía capitalista los efectos son menos evidentes.

10. Esto puede tener lugar por una doble vía. La primera consiste en la introducción de inversiones sustitutivas de fuerza de trabajo y aumentadoras de la productividad. El efecto es una restricción del empleo compatible con aumentos del volumen de producción (en la versión corriente aparece un crecimiento del empleo menor que el del producto). La segunda consiste en la mera restricción de inversiones productivas al enfrentarse a un medio poco propicio a la rentabilidad capitalista. El efecto a corto o medio plazo de esta segunda política afectaría no sólo al empleo, sino también a la producción. En la presente crisis, al menos en el Estado español, ambas posibilidades parecen conjuntarse: cae la inversión neta, y la que se produce tiene un carácter evidente de reducción de mano de obra.

11. Para los amantes de los clásicos resultará recomendable la relectura de los viejos escritos de Marx (*Trabajo asalariado y capital*, *Salario, precio y ganancia*) en los que se planteaba ya esta problemática. Si resulta evidente que Marx equivocó una serie de previsiones importantes, también resulta evidente que el olvido de los límites que la lógica capitalista impone a la acción reivindicativa de los trabajadores ha sido excesivamente olvidada por buena parte de la izquierda y contribuido a crear entre los trabajadores ilusiones imposibles de conseguir en el actual marco institucional. Es posible que la confusión producida por el fracaso del keynesianismo de izquierdas tenga en este aspecto un elemento explicativo.



Si la reducción de la jornada de trabajo se efectúa manteniendo el nivel de salarios, mayor empleo implica una redistribución del producto a favor de los trabajadores, lo que puede provocar efectos parecidos a los de un alza de salarios o, lo más probable, un intento de evitar las nuevas contrataciones aumentando la productividad de los trabajadores ya empleados a los que se les ha reducido la jornada. Si la reducción de la jornada se produce con pérdida proporcional del salario se abre paso a un cambio en la distribución de la renta existente que puede tener efectos secundarios sobre la demanda de los distintos sectores productivos, a menos que el consumo de los que obtienen un nuevo empleo fuera idéntico al perdido por los que han visto reducido su salario. El efecto demanda final dependerá en este caso de la mayor o menor proporción de trabajo directo en los bienes demandados por los dos grupos. Queda además por considerar que existe un problema de indivisibilidades tecnológicas y sociales que hace que la creación de empleo no quede garantizada. Si en una oficina hay veinte jefes con una secretaria o secretario cada uno, la reducción de una hora de trabajo no conduce automáticamente a la contratación de tres secretarios más a repartir entre los veinte jefes a una hora *per cápita*. Es más factible que se reorganice el trabajo o se presione a los empleados para que hagan horas extras.

Con todo ello no queremos indicar que los trabajadores deben dejar de luchar por obtener una mayor participación en la renta o una jornada laboral más corta, sino que tales políticas, por sí mismas, no están exentas de múltiples problemas. Ello obliga a desarrollar políticas que tengan en cuenta estos problemas y que intenten intervenir en los distintos niveles afectados. O, por lo menos, con una estrategia que sea autoconsciente de sus propias limitaciones y permita a los trabajadores tomar conciencia de los obstáculos a superar para obviarlos.

### **Connotaciones políticas**

El lector puede sacar la conclusión de que estamos proponiendo la parálisis reivindicativa como alternativa a las limitaciones de los ejes de acción que hasta el momento han centrado la actividad de sindicatos y organizaciones obreras. Lo que proponemos es, por el contrario, un enfoque alternativo en el que, al menos a nivel de grandes estrategias frente la reconversión industrial o frente a la política económica desarrollada por los representantes del capital, no sólo se tengan en cuenta los elementos distributivos básicos —nivel de salarios, jornada—, sino también las otras variables básicas: composición de la

producción, política de inversiones, organización de la producción, etc. Este tipo de enfoque tiene distintas concreciones según cual sea el grado y el nivel al que se produce la lucha de clases.

A nivel general de elaboración de estrategias políticas, sería bueno que la actual costumbre de elaborar listas de puntos a reivindicar fuera sustituida, o al menos complementada, por un análisis que tomara en cuenta las interacciones de las distintas reivindicaciones y permitiera desarrollar previsiones de sus efectos. También la introducción de exigencias que afectarían directamente a la composición del producto y a las modalidades de producción. Un planteamiento que tiende a ofrecer alternativas en todos los niveles.

En planteamientos alternativos a escala reducida (luchas de empresa, de rama) conviene también ir hacia una globalización de los problemas que obligue al capital a negociar y efectuar concesiones no sólo en aspectos puntuales sino también en el conjunto de aspectos que afectan a las relaciones capital-trabajo.<sup>12</sup>

Una tal estrategia no garantiza el éxito. Éste depende en última instancia de la correlación de fuerzas que unos y otros consigan. Pero tiene desde nuestro punto de vista dos ventajas con respecto al tipo de políticas que han marcado al movimiento obrero de los últimos años. Por una parte, permite detectar los problemas futuros que pueden provocar las diferentes reivindicaciones, y por tanto desarrollar estrategias que sean capaces de enfrentarse a los callejones sin salida a los que ha desembocado la lucha obrera de los 60 y de los 70. En segundo lugar, consideramos que un planteamiento que toma en cuenta los distintos elementos del proceso productivo: bienes a producir, localización, tecnología, niveles retributivos, jornada, etcétera, puede presentarse como un proyecto realmente alternativo de la política económica convencional que aplican la derecha clásica y la socialdemocracia *démodée*. Sólo un grupo social que sea capaz de presentar alternativas que signifiquen posibilidades de mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población puede estar en condiciones de obtener hegemonía social y cambiar a su favor la correlación de fuerzas existente.

12. La experiencia sindical más avanzada en esta línea es, posiblemente, la desarrollada por los trabajadores británicos de la Lucas Aerospace. El interés de esta iniciativa y de sus potencialidades merecerían mayor atención de la obtenida. Una perspectiva general de la misma está contenida, bajo el título genérico de «Planes obreros alternativos», en el número 22-23 de la revista *Transición*, 1980. Asimismo en el número de febrero de 1981 de la *Re-*

Creemos interesante reseñar algunas de las situaciones que nos han conducido a esta reflexión y que desde nuestro punto de vista refuerzan la necesidad de adoptar el enfoque que proponemos.

En primer lugar constatar el desconcierto y la incapacidad de la izquierda para dar respuestas alternativas frente a una de las mayores crisis que ha padecido el capitalismo. No deja de ser pintoresco el actual *revival* de la teoría y la política económica liberal en el momento en que la llamada economía de mercado muestra su incapacidad para lograr un ajuste productivo sin traumas, donde el nivel de concentración monopolística ha alcanzado su cota más alta y donde el estado juega un papel crucial en el funcionamiento económico. En buena medida ello se debe a que la mayor parte de las políticas se elaboran a partir de una interpretación de la teoría keynesiana favorable a los trabajadores. Se confiaba en que una política fiscal expansiva y un alza de precios sostenida serían suficientes para provocar un flujo de inversiones y un aumento de producción suficientes para generar empleo y bienestar social crecientes. Se olvidaban así algunos rasgos centrales de la sociedad capitalista y en especial se dejaba en manos de los capitalistas la función crucial de invertir y decidir la organización del proceso productivo. Las distintas reivindicaciones que han tratado de controlar el poder discrecional del capital, especialmente en los últimos años de la década del 60, no estaban integradas en un proyecto definido sino que constituían una respuesta puntual y no exenta de contradicciones. Cuando al fin el modelo se mostró inviable la respuesta fue a menudo la de seguir con los viejos esquemas —«que inviertan ellos», «que paguen la crisis los capitalistas»— o la de amoldarse sin chistar a las exigencias de los que siempre han tenido el poder. En algunos casos el despiste llegó a la exigencia de nacionalizar las empresas en crisis, cosa que en nuestro país han realizado la UCD y el PSOE para plena satisfacción de los capitalistas. (Ahí están la cesión al Estado de «muertos» como Hytasa, Intelhorce, Rumasa, Altos Hornos del Mediterráneo y tantos otros, o la política de reflotación de la banca en crisis.) Sin discutir al capital el derecho a gestionar la producción, no sólo en abstracto sino en concreto, con propuestas específicas de organización de la producción y la vida social, es impensable prever que el resultado de la crisis actual no sea sino un reforzamiento del poder y la hegemonía

---

*vista Mensual/Monthly Review* se reproducía el proyecto de negociación sobre nuevas tecnologías desarrollado por los mismos trabajadores. Si no existen modelos definitivos, existen al menos experiencias creativas que deben tomarse en consideración.

social de la clase dominante. Ésta podrá aducir en nuestra contra la miopía de nuestras reivindicaciones puntuales.

En segundo lugar, está la experiencia concreta del proceso de reconversión industrial que se está realizando. Como ya predijimos en un trabajo anterior<sup>13</sup> los distintos planes de reestructuración iban a convertirse en la práctica en una sucesión de planes que en muchos casos no harían sino constatar el fracaso del anterior. Hemos perdido ya la cuenta de los planes que se han realizado para la construcción naval, Altos Hornos del Mediterráneo, Nervacero o Hytasa, por poner unos ejemplos; el textil está reconvirtiéndose desde 1962 y aún sigue... El éxito de nuestra predicción no tiene nada de mágico. Un estudio simple de los diversos planes y propuestas muestra que detrás de ellos no hay ningún proyecto reindustrializador, en el sentido de proponer la desaparición de una estructura productiva obsoleta y su sustitución por una estructura alternativa. Era simplemente un intento de liquidar los excesos de capacidad constatados y, como mucho, introducir innovaciones que hicieran factible a algunas empresas el poder competir con los potentes rivales exteriores. En algunos casos incluso este planteamiento estaba tamizado por la presión de determinados grupos que consideraban fundamentalmente el plan como un mecanismo para obtener subvenciones del Estado más allá de cualquier planteamiento racionalizador.<sup>14</sup>

La insuficiencia de estos planteamientos no nace sólo de la incompetencia de los diseñadores de los diferentes planes y de las presiones de determinados grupos capitalistas por sacar ganancia del río revuelto, que de todo hay, sino fundamentalmente de los presupuestos de partida. La propuesta de reconversión nace de la idea de que el mercado es un mecanismo eficaz que por sí solo permite desarrollar al máximo la producción. No hay que hacer planes reindustrializadores, sino dar las condiciones adecuadas para animar la inversión priva-

13. Equipo de Información Económica, «Naturaleza y significado de la reestructuración sectorial», *Transición*, 30 (1981).

14. El caso más flagrante de esta política lo constituyó la reconversión de la línea blanca. En el plan de 1981 se preveía la constitución de 5 grandes grupos empresariales que deberían racionalizarse para competir entre sí y frente al exterior con más fuerza, pero ya en el plan parecía claro que no todas las empresas llegarían al final del proceso, puesto que existía de todas formas un exceso de capacidad. Con estas perspectivas no parece extraño que se produjeran situaciones como la de CARSA (Kelvinator), en la que los empresarios optaron por desviar parte de la ayuda oficial (1.150 millones) hacia inversiones financieras que nada tenían que ver con la salvación de la empresa. El balance final ha sido el cierre total de la misma. (La información está tomada de diversos artículos de los periódicos *El País* y *Cinco Días* de los años 1981, 1982, 1983 y 1984.)

da. Se cree que ésta actúa automáticamente allí donde la sociedad se pliega a sus exigencias. Aún hay más: como el proyecto de partida se basa en garantizar bajos salarios para asegurar una alta participación de los beneficios en la distribución del pastel, se tiene que confiar en que la demanda que anime la inversión provenga del exterior.<sup>15</sup> Todo el planteamiento se limita a reducir trabas diversas a la libre actuación de los empresarios (facilidades de despido, pocos controles en materias como el medio ambiente, la seguridad en el trabajo, etc.), reducir la participación de las rentas de sus antagonistas (no sólo de salarios, sino también de impuestos y contribuciones encaminados a financiar los diversos servicios sociales) y apertura de fronteras. Y esperar que con estas condiciones la inversión se animará por sí sola y pondrá el motor en marcha. Lo que ocurre es que la imaginación y la voluntad de aventura de los detentadores del capital no parece ser tan desarrollada, y acaban prefiriendo la inversión segura en actividades parasitarias o en largarse a climas aún más favorables. En este orden de cosas, resulta preocupante la facilidad con que las organizaciones de izquierdas se suman a reivindicaciones de políticas económicas de dicha especie, como las de creación de Zonas de Urgente Reindustrialización (ZUR), que no son otra cosa sino el ofrecimiento de áreas sin impuestos que animan al capital a invertir.<sup>16</sup>

Desde nuestro punto de vista la capacidad de autorregulación del mercado es bastante menor de la que plantean sus valedo-

15. Para que el sistema económico capitalista esté en equilibrio, es preciso que la producción realizada sea efectivamente vendida. En una economía cerrada al exterior y en la que no existiera Estado los capitalistas no podrían aumentar las ventas de bienes de consumo a partir de un límite (el fijado por su propia capacidad de consumo) sin aumentar los salarios, lo que provocaría a medio plazo un cambio en la distribución de la renta y una caída en la tasa de beneficios. Desde la óptica de los grupos capitalistas de cada país, el Estado y en especial el sector exterior promueven fuentes de demanda efectiva que dejan inafectada la tasa de beneficios y la distribución de la renta (aunque en el caso del Estado depende de la forma como los capitalistas computen los impuestos: es dudoso que los consideren beneficios). De aquí que la política de recuperación de los beneficios tenga en las exportaciones un punto de mira lógico; máxime cuando no están claras las perspectivas de aumentar el nivel de inversiones que conlleven una mayor participación de las mismas en el producto nacional. Es por esta razón que la política pro-exportación tiene tanta aceptación, al margen de otros considerandos ligados a la necesidad de contrapesar determinadas importaciones necesarias. Lo que es válido para un grupo no funciona, sin embargo, a nivel agregado. Los capitalistas de todos los países no pueden aumentar simultáneamente la exportación. Para que un país tenga un saldo exportador positivo, otro lo debe tener negativo. De ello se deduce que entrar en esta vía supone optar por un camino bastante arriesgado.

16. Un balance crítico de este tipo de actuaciones puede encontrarse en B. Bluestone y B. Harrison (*The Deindustrialization of America*, Basic Books, 1982) para el caso de los Estados Unidos, y en J. Shutt («Tory enterprise zones and the labour movement», *Capital & Class*, 23, 1984) para el británico.

res. Cabe señalar de pasada que el mercado constituye un sistema de voto censitario en el que sólo es oído aquel que tiene recursos. Quedan pues fuera del campo de percepción un gran número de necesidades sociales que podrían generar empleo y bienestar. Pero es que además los estudios sobre el cambio técnico muestran que las innovaciones que han acabado por generar resultados interesantes han requerido de forma creciente la aplicación de políticas premeditadas *ad hoc*.<sup>17</sup> Y existe además el elemento fundamental de la interacción de los procesos productivos que impide conocer con cierta precisión el nivel de producción aceptable de un sector sin tener en cuenta los niveles previstos de los sectores con los que se relaciona. Con los actuales planes de reconversión se corre incluso el riesgo de que se estén cerrando demasiadas plantas en algunos sectores con respecto a las necesidades de producción de los próximos años.<sup>18</sup>

Pensamos que el planteamiento alternativo debería abogar, por el contrario, por la elaboración de planes productivos que tuvieran en cuenta las necesidades de la población y las interdependencias sectoriales. No deja de ser curioso que en una de las mayores debacles de la economía de mercado (no sólo expresada en la caída del empleo o de la tasa de crecimiento del PIB, sino también en su incapacidad para evitar desastres ecológicos varios para ofrecer recetas que eviten el hambre en muchas regiones del planeta) se pretendan descalificar de entrada las propuestas planificadoras. No deja de resultar tampoco curioso que, si bien llegan noticias de los problemas económicos de los países del Este, no existan análisis rigurosos de su situación que permitan valorar cuáles son

17. Freeman y otros (*op. cit.*) insisten en la importancia de los aspectos no automáticos de los procesos de innovación tecnológica y en la importancia de la elaboración de políticas de fomento al respecto. En esta misma línea resulta sugerente la lectura de M. Morishima (*¿Por qué ha «triunfado» el Japón?*, Crítica, 1983), en el que se pone de manifiesto la importancia de la intervención directa del Estado en el lanzamiento del «milagro japonés». Cualquier lector de prensa económica puede observar que las multinacionales suelen confiar menos en la inventiva de innovadores aislados y bastante más en la adopción de planes concretos de innovación, planes que están conduciendo a la formación de numerosos acuerdos de colaboración entre distintas empresas y Estados para el desarrollo de innovaciones específicas.

18. El periódico *Cinco Días* publicaba el 9-VIII-83 un estudio norteamericano que preveía escasez de acero a nivel mundial a partir de 1985, alegando que los planes de desinversión no habían sido realizados con previsiones realistas sobre el consumo futuro. Con independencia de la fiabilidad de este análisis, lo que resulta sintomático es que pone en evidencia la variabilidad de las previsiones en función de los supuestos de partida. A lo largo de la presente crisis los errores en las previsiones estadísticas han sido la norma, lo que obliga a ser muy escépticos frente a planes sectoriales que tienen como único eje unas previsiones de demanda futura fundamentadas a menudo en meras extrapolaciones estadísticas.

los factores que propician estos problemas.<sup>19</sup> Quizá sea oportuno puntualizar que nunca me ha gustado la situación social de los países del Este y estoy más próximo de quienes los consideran sociedades clasistas (por más que la clase dominante no sea la capitalista) y no modelos de socialismo. No creo que la planificación burocrática que convierte a una minoría social en única protagonista de las decisiones de producción sea un modelo aceptable y progresista. Posiblemente buena parte de las dificultades económicas y la ausencia de libertades políticas de estos países provienen de esta estructura de poder. La crítica a esta forma de planificación no debe presuponer la renuncia global a la misma, sino, por el contrario, la búsqueda de fórmulas que posibiliten el control democrático de la producción por la mayoría de la población. También resulta chocante la crítica a la planificación en una época en la que unas pocas multinacionales controlan una parte sustancial del producto nacional de la mayoría de países y en la que las nuevas tecnologías de comunicación e informática permiten procesar decisiones tomadas en una pluralidad de centros de actividad.

Éste debería ser un centro de interés político e intelectual de la izquierda: el desarrollo de propuestas de planificación democrática y descentralizada, con mecanismos de actuación flexible que tendieran a posibilitar una producción sistemáticamente organizada para la satisfacción de las necesidades de la población y no la de los intereses de una minoría social. La introducción sistemática de propuestas de producción alternativas, la toma en consideración de los impactos de los diferentes proyectos de reconversión<sup>20</sup> permitirían ir situando ya esta problemática en el centro de la lucha ideológica.

19. Dos notas curiosas al respecto. Una: A. Minc («Hacia un liberalismo de izquierdas», *El País*, 19-VI-1984) anatematizaba contra un paleomarxismo planificador alegando que la nueva tecnología electrónica propiciaba el renacimiento de una economía descentralizada de corte mercantil: llegaba a tildar uno de sus apartados «El fin del reino de los oligopolios». Se olvidaba de aportar estadísticas que hubiesen mostrado, por ejemplo, que el campo de *hardware* (la base material del proceso) está dominado desde hace años por IBM, la cual consigue mantener bastante estable una cuota de mercado del 60 %, y que unas pocas multinacionales (ATT, Philips, Fujitsu, etc.) se reparten el resto. Otra: la crisis de la economía polaca se ha presentado a menudo como el paradigma del fracaso del sistema de planificación. Un análisis del proceso polaco permite constatar que una parte de dicho fracaso se debía a que el plan estaba determinado en buena medida por el deseo de mejorar la implantación de Polonia en el mercado mundial, especialmente a base de exportaciones siderúrgicas. El fracaso polaco se parece algo al que podría tener una gran multinacional que errara sus planes. Véase al respecto M. Nuti («Theses on Poland», *New Left Review*, 130).

20. Las tablas input-output constituyen al respecto un primer instrumental a utilizar. La construcción de tablas de empleo, propuesta por Sauvy (*op. cit.*), parece asimismo interesante.

Existe un segundo rasgo a destacar. Todos los planes económicos actuales parten de la defensa de la necesidad de una amplia liberalización en materia de comercio exterior. Cualquier política que suponga proteccionismo arancelario es tildada de retrógrada. La misma ausencia de análisis sobre el tema de la CEE hace pensar que el ingreso es inevitable. No deja, sin embargo, de resultar chocante que los países que se presentan como adalides del liberalismo económico practiquen notables dosis de proteccionismo (aquí está la política arancelaria del gobierno Reagan, la protección agraria de la CEE) y sean especialmente restrictivos en materia de movimientos de población. El librecambismo acaba resultando al final una política que las naciones centrales del mundo capitalista tratan de vender a sus vecinos. El análisis teórico que defiende el librecambismo, y que está en el fondo de una parte de la política económica que se ha seguido en nuestro país, se basa en unos supuestos que tienen poco en cuenta el factor tiempo y el factor tecnológico, elementos ambos cruciales en la vida económica. Tomarlos en consideración conduce a cambiar de forma notable la perspectiva.<sup>21</sup> No estoy abogando por la defensa de un proteccionismo a ultranza como alternativa a la actual política económica, sino simplemente señalando que cualquier proyecto económico que se plantee debe tomar la política exterior como un campo de actuación discrecional. Es evidente que una determinada política económica en materia exterior puede implicar para el país determinadas repercusiones. Lo que debe hacerse es adoptar la política que parezca más adecuada una vez valoradas ventajas e inconvenientes y no seguir esquemas mentales de dudosa validez.<sup>22</sup> Es posible que al final se llegue a la conclusión de que el librecambismo es lo mejor, pero ello sería el resultado de haber desechado por inviables otras políticas, y no como ahora en que se adopta una política considerada superior porque existe una dudosa teoría que la avala.

Queremos llamar la atención sobre una tercera dimensión del problema. El fracaso de la izquierda no ha estado sólo ligado

21. Para una valoración crítica de la teoría del comercio internacional puede consultarse J. B. Burbidge («La dimensión internacional», en A. S. Eichner, ed., *Economía postkeynesiana*, H. Blume, 1984).

22. Hasta ahora el único proyecto que se ha planteado a fondo el tema exterior es el *Programa alternativo* formulado por los laboristas británicos. Sin que su propuesta constituya una panacea, ni mucho menos un proyecto exportable, parece necesario tomarla en consideración a la hora de discutir planes de acción. Una presentación sucinta de dicho programa es la de A. Singh («Capitalismo de pleno empleo y Partido Laborista», en *Selecciones de la Monthly Review*, Revolución, 1983). Para seguir el debate pueden consultarse diversos trabajos aparecidos en las revistas *Capital and Class* y *Cambridge Journal of Economics*.



a la incapacidad de ofrecer una alternativa al capital frente a la crisis sino también a la propia dispersión y segmentación existente en el propio campo de fuerzas y movimientos anti-capitalistas. La izquierda tradicional, surgida de una situación en la que el elemento motor de las luchas era la situación de privación material de los trabajadores industriales, ha tendido a centrar sus ejes de acción en aspectos cuantitativos totales como más salarios, más empleo, menos horas de trabajo, etc. La misma orientación del capitalismo de posguerra hacia la producción de bienes de consumo de masas —lo que Aglietta ha considerado un elemento característico del modelo fordista de acumulación— ha propiciado esta evolución y condujo a la marginación de una serie de reivindicaciones y exigencias cualitativas de sumo interés. El propio desarrollo del capitalismo de posguerra, con sus efectos sobre la estructura familiar, la transformación del modelo espacial, el nivel cultural, la propia estructura ocupacional, etc., ha generado la aparición, en sectores no desdeñables de la población, de actitudes que cuestionan la actual sociedad desde pautas diferentes a las tradicionales. Entre unos sectores y otros más bien parece predominar el distanciamiento que la unificación de esfuerzos. Quizás el caso alemán, con la separación entre la clase obrera tradicional agrupada políticamente tras la socialdemocracia y los nuevos sectores agrupados tras los verdes representa una situación paradigmática de lo que queremos explicar. En el Estado español las cosas siempre son más provincianas y raquíticas, pero la problemática de fondo está ahí.

Existe la necesidad de recomponer (con independencia de los plazos) estas fuerzas. La confección de políticas alternativas en materia económica puede ser uno de los instrumentos practicables. En contra de lo que a más de un lector le haya podido parecer, nuestra propuesta no es productivista, en el sentido de que propugnemos un proyecto de planificación que tienda a maximizar el crecimiento de la producción y con ella del empleo. Por el contrario, lo que defendemos es que las políticas de empleo deben formularse dentro del conjunto de propuestas que recojan determinaciones cuantitativas (qué cantidades), cualitativas (qué producir) y espaciales del proceso productivo. Propuestas que tomen en consideración los impactos externos (sobre el medio y sobre el hombre) del proceso productivo y que se elaboren a partir de las necesidades planteadas por la población. En la elaboración de tales proyectos es perfectamente compatible la introducción de criterios productivos que tomen en cuenta aspectos minusvalorados por las necesidades rentabilistas de la producción capitalista. Es bastante factible que parte de lo que hoy se produce

se considere finalmente superfluo y tienda a ser eliminado. Y también que aparezcan necesidades insatisfechas que exigen potenciar determinadas líneas de producción.

La clase obrera industrial está siendo afectada, y lo va a ser aún más en los años próximos, por los cambios tecnológicos posibilitados por la «revolución» informática y microelectrónica. El proceso se presenta como de larga duración, y en él es factible la apertura de un debate social sobre las formas y finalidades de la producción. Anticipar este debate y permitir que en él se expresen las distintas fuerzas que cuestionan aspectos parciales de la realidad actual puede constituir un medio de articulación de un bloque social alternativo.

Queremos aún hacer frente a una última objeción. Se puede alegar no sin razón que propuestas de este tipo pueden fracasar bien por falta de resonancia social, bien por la capacidad del capitalismo de integrar algunas aspectos de los proyectos marginando los elementos centrales que apuntan hacia formas de gestión económica alternativas. Ambas posibilidades existen, pero no constituyen desde nuestro punto de vista una objeción suficiente.

La primera es siempre una posibilidad. La historia está llena de buenos proyectos sociales que han fracasado por falta de apoyo social. Por otra parte, ningún grupo social ha sido capaz de planear perfectamente una política y después realizarla. Lo cual sólo indica que no existe ningún planteamiento automático que abra las vías a transformaciones sociales de envergadura. Pese a que esto sea conocido, no debe minusvalorarse la capacidad movilizadora y transformadora que tienen algunos puntos de referencia sólidos. Uno no puede más que cuestionar que la combatividad expresada en Sagunto, Vigo, Gijón, Bilbao, etc., no dé más de sí de lo que está dando, de que en este país la clase obrera no sea capaz de realizar algo más que luchas numantinas. Si las resistencias a los cierres de empresas hubieran ido ligadas a proyectos de producción y empleo alternativo, a proyectos que recogieran necesidades de otros colectivos, a planes de reconversión efectiva de la capacidad de producción y bienestar de este país, es posible que se hubiera ampliado el apoyo a los mismos y el PSOE hubiera tenido bastantes más problemas para justificar una política que sólo favorece al capital. La ausencia de referencias precisas puede constituir un elemento más que contribuye a la derrota. La complejidad de las sociedades actuales hace impracticables las viejas fórmulas y obliga a elaborar a su vez una política polivalente y globalizadora.

Tampoco la segunda objeción es trivial. Si la izquierda elabora planes alternativos de producción, corre el riesgo de que el capital se quede con los elementos que le interesen y desarrolle una política integradora de corte gatopardesco. Pero éste es un peligro que corre todo tipo de lucha que tienda a propiciar transformaciones en base a la conquista de mayor hegemonía social. Nos seduce más este proyecto que los que pasan por soluciones de enfrentamiento frontal sin mediaciones, que suelen conducir a un aislamiento ineficaz o al surgimiento de sustituismos que desembocan en estructuras incompatibles con la autogestión social. Desde este punto de vista, consideramos superior el proyecto esbozado, ya que tiende a desarrollar una mayor conciencia y capacidad de gestión para la mayoría de la población.